

mado de su marido, a través de la llanura castellana. Los viajes nocturnos, decorados de hachones humeantes y de frailes armados y salmodiantes. La huída hacia el Oeste, a causa de la repentina aparición de la peste en Burgos.

La reina seguía la fúnebre procesión sentada en una silla de manos. De día, el féretro descansaba en las iglesias y la reina, dueña esta vez absoluta de su marido, impedía que se acercasen las mujeres al cadáver. Celos macabros y trágicos que la condujeron a detenerse sólo en los conventos de frailes, pues ni en la castidad de las monjas creía.

Se dice, y no es una observación descabellada, que Juana esperaba una súbita resurrección de Felipe. Suponíale sólo embrujado; por eso, no se apartaba de sus cercanías para estar presente cuando volviera a la vida. Morboso desequilibrio de la pasión sexual que recuerda el encuentro de ambos en un camino de Flandes al iniciarse el noviazgo y que se prolonga más allá de la muerte en una desquiciadora persistencia.

Cada día que pasa, se intensifica la agudeza de su demencia. Durante semanas no se cambia de ropa interior. Presa de súbitos arranques de furia, arroja lo que tiene a la mano a los criados que la sirven. Entonces el rey Fernando se decide a encerrarla en el castillo de Tordesillas, a orillas del Duero.

Es aquí donde Pfandl culmina como psicólogo y como escritor. El medio típico que lo circunda, su decadencia senil, la visita fría y

protocolar de Carlos, el futuro emperador, y de sus hermanos, el rapto casi policial de la hijita menor, que se consume en el castillo, víctima de la caprichosa variabilidad de la enferma, están descritos con sobria maestría y vigorosa realidad.

España asciende a la cima del poderío militar y colonial, a pesar de la degeneración de su reina, enterrada viva en el torreón del Duero.

Sin embargo, como un signo del porvenir, la pobre loca prolonga melancólicamente su vida de reclusa hasta la entrada del siglo XVI y su muerte viene a coincidir, por una casualidad, trágica, con la infancia de Carlos, su biznieto, símbolo repulsivo de la decadencia de los Habsburgos y de España misma.—*Mariano Latorre.*

## BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFÍA DE DON JOSÉ TORIBIO MEDINA, por *Guillermo Feliú Cruz.*

Concienzudamente elaborado y primorosamente impreso en la Imprenta de la Universidad (1) ha aparecido este tomo, dedicado por el autor a completar, aunque no en forma definitiva, la bibliografía del desaparecido polígrafo chileno. Contiene esta bibliografía ciento uno títulos nuevos, que agregados a los 226 catalogados ya por Chiappa en su *Epítome de las publicaciones*

(1) Buenos Aires, 1931.

de don José Toribio Medina (Santiago de Chile, 1914) y a los 81 que el mismo Feliú agregó en su *Catálogo de las publicaciones de don José Toribio Medina (1873-1914) por Víctor M. Chiappa. Continuado hasta el día y seguido de una bio-bibliografía por Guillermo Feliú Cruz* (Santiago de Chile, 1924), completan un total de 408. De estos 408, diez y seis se refieren a las obras póstumas de don José Toribio Medina.

...digo que esta bibliografía no es completa. Dentro de poco, y por petición de la Universidad de Chile, tomaré a mi cargo la edición de las obras póstumas de Medina y entonces, cuando escriba su vida, que irá precedida de una bibliografía y bio-bibliografía crítica, se tendrá en definitiva reunido el acervo de su increíble y portentosa labor. (*Introducción*, página X).

Ameno, divertidísimo a veces, interesante siempre, este libro de Feliú Cruz se lee con agrado. El ha sabido agregar a la aridez de este género de trabajos, lo que en ellos ha estado casi siempre ausente: el interés general, no meramente bibliográfico, es decir, el detalle histórico, la anécdota, la nota crítica acertada, el comentario oportuno, que logran despertar en el lector reacciones que lo animan y lo distraen de la pesadez de las descripciones a secas. Ha realizado lo que pedía y deseaba don Alejandro Fuenzalida Grandón en el artículo que Feliú Cruz reproduce en este libro (páginas 28-31).:

Convengo, sí, especialmente en que el género bibliográfico es más

para consultado que para leído. Si el bibliógrafo se contenta con la mera enunciación de los títulos de las obras, contando sólo sus páginas y dando las señales externas que son de rigor, al común de los lectores le suena aquello como cosa de nicho de cementerio: un nombre, una cifra, una fecha, y nada más... Pero, en cambio, si de vez en cuando, se allega aquí un dato peregrino, allá un fugaz comentario, acullá una referencia oportuna, el bibliógrafo habrá logrado infundir en su trabajo cierto solaz de vida comunicativa, como lo proporcionaron otrora las agudas anotaciones de Menéndez Pelayo en sus libros sobre bibliografía hispanoamericana....

Es así como, este libro, que por su carácter y al haber sido hecho por un erudito sin aire, hubiera resultado manjar de unos pocos bibliómanos, presenta un atractivo pocas veces visto y gustado en este género de publicaciones. Hay por ahí páginas deliciosas, como aquellas en que Feliú Cruz glosa la polémica a que dió origen la publicación de un libro de don José Toribio. Nos referimos al *Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispanoamericanos*. (Buenos Aires, 1925).

...un señor Victorica, notario, envidioso de las ajenas glorias, se propuso completar la tarea de Medina—noble empeño, sin duda—pero no desinteresadamente como ocurre con los que hacen del cultivo de la ciencia verdadero apostolado...

Victorica contestó al libro de Medina con otro titulado: *Errores y Omisiones del Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispanoamericanos de José Toribio Medina*.

(Buenos Aires, 1928). Feliú Cruz replicó a esta publicación con un estudio titulado: *Una crítica injusta al Diccionario de Anónimos y Seudónimos de Medina* (*Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, N.º 40. Buenos Aires, abril-junio de 1929).

Victorica, ni corto ni perezoso, retrucó con una andanada de insultos, ya enfurecido: *Una crítica intonsa a otra mal reputada injusta* (*Gaceta del Foro*, Buenos Aires, 1929). Y metido ya en las vías de hecho, agregó a este escrito la publicación de un nuevo libro destinado a defenderse y a atacar a Medina y su defensor: *Nueva Epantortosis al Diccionario de Anónimos y Seudónimos de José Toribio Medina* (Buenos Aires, 1929), en el cual libro trata a Medina de *tipómano*.

Tocado a fondo, Feliú Cruz replicó con una: *Segunda advertencia a un Criticastro de mala ley* (*Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, Buenos Aires, 1929). Terció entonces don Emilio Ravignani, a quien atacaba también el atrabiliario crítico, con un artículo titulado *Por la verdad y la ética científica* (*Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, Buenos Aires, 1929). Y el *enfermizo crítico* (palabras de Feliú Cruz), que por lo visto se reía de la verdad y la ética científicas, contestó a todos con un articulejo titulado: *Verdades que levantan roncha. Belitres enfurecidos*. (*Gaceta del Foro*, Buenos Aires, 1930).

Epilogó esta discusión un artículo de Ricardo Donoso, cuyo título

es un verdadero hallazgo: *Trifurcas entre eruditos* (*El Mercurio*, Santiago de Chile, 1930).

Estas páginas del libro de Feliú Cruz son en realidad deliciosas, Junto a estas hay otras muchas, de variada índole, ya histórica, ya literaria, ya bibliográfica, que en conjunto hacen de este libro un ejemplo de buen gusto y de delicado espíritu.—*Manuel Rojas*.

## VIAJES

CÓMO ESTÁ RUSIA, por *Liam O'Flaherty*.

Un hermoso prólogo de Antonio Marichalar abre este libro. Este prólogo era necesario, Son pocos los que conocen a Liam O'Flaherty en castellano y poquísimos los que tienen una idea cabal del carácter y temperamento de este original escritor irlandés. Su obra no ha sido apreciada todavía por el gran público y sólo los espíritus curiosos, que andan la caza de novedades, han logrado captar la belleza de sus páginas. Su primer libro, *El delator*, dejó ver ya la calidad de su obra. Siguió *Dos años*, especie de autobiografía, libro delicioso de humorismo. Y ahora este (1).

En la mañana del día 23 de abril de 1930 salí para Moscou en un barco soviético a fin de reunir datos para un libro sobre el bolchevismo. Me duele reconocerlo, pero es la verdad. Empeñé el viaje para unirme a la gran horda de mentiro-

(1) Espasa Calpe. Madrid, 1932.